

C E S E D E N

PRESENTE Y FUTURO DEL MAR

(De la "Revista General de Marina, marzo 1968")

Marzo, 1968

BOLETIN DE INFORMACION N° 24 - IV

(Texto íntegro de la conferencia inaugural del III Curso de la Cátedra Alfonso V, de las Armas y las Letras, pronunciada el 24 de enero último por el Ministro de Marina, Almirante don Pedro Nieto Antúnez, en el paraninfo de la Universidad de Barcelona).

Menos de lleno, una vez más, dispuestos a pensar seriamente en el mar. Quisiera desde el primer momento -desde estos instantes incipientes cargados, como todo que empieza, de indeciso enigma- que penetrase en ustedes la sensación en mí nacida de que en la elección del tema de esta conferencia no ha tenido participación alguna lo que pudiera interpretarse por alguien como un deseo de imponer lo personal, es decir, lo "mío", lo que profesionalmente me pertenece y aquello a lo que por devoción y por profesión - también pertenezco yo a mi vez.

Cierto es que me identifico con el pintor griego que, según la leyenda, acuñó para la posteridad el oportuno "zapatero a tus zapatos", pero si mis zapatos no fueran, como en este caso son, el mar en su ingente significación, llamara yo en mi auxilio a expertos en el tema para que disertaran sobre él y produjeran, por periodicidad ya debida, esa necesaria actualización de lo eterno, ese forzoso recordatorio que en sensata obligación debemos a todo aquello que, siendo en sí trascendente, nos resulta además vital por circunstancia. Puesto que el mar, eterno y versátil al tiempo, es por naturaleza trascendente y para nosotros, como españoles, es y seguirá siendo vital, no creo que se tome como capricho, extemporaneidad o imposición el que yo lo traiga de la mano a esta sala - para hacerles a ustedes andar un rato al retortero sobre tan atractivo centro.

Mas la ocasión me fuerza a ser conciso; primero siempre es conveniente el - laudable intento de cultivar en provecho ajeno la excelente virtud de la brevedad, y segundo -fundamental, además, en este caso- debido al hecho de que cuando -como en el tema de hoy- se arriesga uno a tocar lo que siendo ahora inmenso es intangible si se refiere al mañana, la generalización se impone por necesidad a lo concreto y lo esencial halla justificación suficiente para, saltando ágil por encima de demostraciones y pruritos - de erudición, arrumbar sin miramientos el detalle. Véase en lo dicho, pues, preconcepción en la elección de la amplitud del tema. Entiéndase a esa luz mi deseo de entrar - cuanto antes en materia.

Si me viera obligado a elegir como característico del hoy en que vivimos uno solo entre la multiplicidad de accidentes que en cualquier hora de la historia humana han ocultado, por así decir, la sustancia interna e inamovible del mar como elemento vital - por excelencia y factor decisivo de la vida del hombre sobre el planeta; si de la poliédrica presentación que en nuestros días el mar nos ofrece como cobertura de su esencia, hubiera yo de entresacar la faceta que mejor refleje lo que sobre el mar, como tema, pasa; si, en suma, me **forzaran** a subrayar con la estrechez que impone el rigor de la unidad el calificativo que mejor define el mar de nuestros días, elegiría tras escasa dubitación,

aquel accidente, aquella cara, aquel calificativo que hallara su original raíz en esa figura retórica que vulgarmente llamamos paradoja. Yo estoy convencido de que cualquiera que con predisposición suficiente y preparación acertada se decidiera con seriedad a enfrentarse con la actualidad del mar, con lo que es en el presente, con lo que representa para los pueblos, con la incidencia que adopta al llegar al ánimo de éstos, con la reflexión que estos mismos pueblos, por su atención, conocimiento e interés, dan al rayo del mar que sobre su superficie rebota; ese cualquiera -repito- llegaría, sin duda, a una conclusión semejante a ésta: la actualidad del mar es paradójica.

El hoy del mar, en efecto, confunde y desconcierta. De un lado -para empezar- hay que reconocer que es ingente la aplicación que hacia él se hace de todo progreso que la técnica de nuestros días consigue a diario. Nuevos y hasta revolucionarios sistemas de propulsión, encaminados a perfeccionar la actitud y aptitud de móviles prácticos, encuentran excelente aplicación de sus posibilidades tanto sobre la mar como bajo su superficie. La mar se presenta hoy como elemento en el cual la traslación humana, contando con factores de grandes tonelajes y jugando con parámetros industriales, prevé logros considerados hasta hace poco como fantásticos. En cuanto a campo de aplicación de la técnica, el mar de hoy no muestra horizontes; sin embargo -realidad paradójica-, no está extendida como debiera la confianza del hombre en la mar. Da la impresión de que el hombre progresista de hoy no se preocupa de la realidad que la mar exhibe; de las posibilidades que con excelente expresividad el mar le ofrece. Lo que se intuye, en verdad, es que nadie siente a profundidad debida la necesidad de creer en él.

El tráfico marítimo mundial crece sin cesar (1). He ahí una realidad que proclama a voces la estadística. Tal necesidad exige esfuerzos de industria, economía y finanzas que indefectiblemente se traducen en constante incremento del tonelaje mercante (2). La humanidad -no hay duda de ello- se aprovecha del mar como medio excelente para subvenir a las imperiocidades que nuestro hoy le impone en el ámbito del trueque

(1) El comercio marítimo mundial en 1956 fue de 800 millones de toneladas de mercancías intercambiadas en el amplio mercado del globo. Tal cifra se convirtió en 1070 millones en 1960 y llegó a 1.600 millones en 1965. Prácticamente, se duplicó en diez años. (Datos de la Dirección General de Navegación, 1967).

(2) El tonelaje de registro bruto de la flota mundial era de 102 millones de toneladas en 1956 (74 para carga seca y 28 para petroleros), de 126 en 1960 (85 y 41, respectivamente) y de 168 en 1966 (108 y 60 para una y otra carga). Como se ve, el proceso del tonelaje mercante responde sensiblemente a las demandas del comercio mundial. (Datos de la Dirección General de Navegación, 1967).

y de la expansión económica, mas en extraña reacción -y he aquí la paradoja- la opinión general se desentiende de él, de la prosaica realidad que en apariencia ofrece su superficie, para mirar con intensidad y poética ilusión al cielo, o más bien a esa atractiva incógnita que encierra la singular expresividad del que, por antonomasia, podemos considerar como vocablo de nuestros días: al espacio. El hombre de hoy sabe más de órbitas y de cápsulas que de singladuras y flotes. Es ésta una realidad sintomática y elocuentemente reveladora del pensar de nuestros días.

De modo análogo, si divertimos nuestro inquirir de lo general o lo concreto, de lo impersonal a lo subjetivamente diferenciado, habríamos de dar en divergencias semejantes si fuésemos capaces de ver nuestro propio hoy con cristales de justa óptica. Veíamos que los poderosos de la hora que nos está tocando vivir se presentan en la escena mundial como decididamente empeñados en lanzar en vertical ascendente las primicias de su progreso técnico. Mucho tiempo habrá de pasar hasta que abandone el primer plano de la escena mundial la pugna ruso-americana entablada de hace años por la conquista del cosmos. Para el observador ligero, Moscú y Washington, precisamente por politizar con ello, miran constantemente a las alturas celestes y lanzan hacia arriba la principal componente de su complejo y costoso progreso técnico. Su meta, pensada sólo como transitoria por la quizá justificada ilusión humana, parece estar en el aire, en el espacio, en nuestro satélite natural, en los planetas cercanos. Sin embargo -surge de nuevo la paradoja que es hoy el mar-, tanto Rusia como la América estadounidense enfocan y ajustan calladamente en el mar, bajo el mar, y con relatividad que no exige aclaración sobre el mar, las lentes de sus complicados sistemas logístico-estratégicos; porque el mar es para uno de ellos prometedor teatro sobre el cual, el otro, si piensa en dominar, ha de impedir cualquier representación efectiva.

Y en este nivel, al fin -último matiz de la paradoja que quiero señalar ante ustedes-, es patente verdad del momento que las potencias verdaderamente grandes invierten año tras año sumas fabulosas y crecientes en lo que el mar, como medio o escena de posibles actividades bélicas, les exige hoy y ha de demandarles quizá mañana. ¿Por qué es ello así -se preguntará confuso el hombre medio- si la realidad política mundial, lo que verdaderamente pasa, la práctica que tan lejos está de esa teoría tan gravosa, parece resolverse en conflictos y situaciones que a la vista no dependen del mar o sólo tienen con él una conexión exigua cuando no solamente simbólica? Pudo notarse el peso del poder naval en Cuba en el 62 y en el Líbano, si se quiere, en el 58, pero ¿es el mar lo decisivo y son del mar los hombres que quedaron en Corea y en Indochina o los que a diario caen en el Vietnam? Creo que no es difícil convenir en que, en cuanto a este aspecto, el mar de hoy participa de lo indudablemente paradójico. Sin embargo... el mar es aún gran cosa, porque está sencillamente en todo.

Analizando cualquier actividad comunitaria humana trascendente, decisiva y seria, se llega al mar. El mar es aún, como lo era antes, móvil fecundo y pujante de la vida de los pueblos. Alienta en todo; a las veces, soterrado y oculto, pero siempre vigo

rosamente latente, y quizá estribe ahí la causa de no ser su existencia lo espectacular que ser debiera entre las masas de hoy día, que, como de continuo ocurre en la historia, no reaccionan más que ante lo indudablemente patente y lo probablemente espectacular, mostrándose sordas y ciegas a razones ocultas o de impalpable exteriorización y tenazmente oclusas a causas últimas y motivos verdaderos cuando, por complejidad de la ocurrencia u oscuridad del panorama, no aparecen en el primer plano de la perspectiva que ante el hombre se despliega.

Lo paradójico del mar de hoy es que afectando a todos -individuo, pueblos, masas- es cosa de la que sólo unos pocos se hacen cuestión. Ciertamente es que, por ventura para la multitud, esos pocos son precisamente los que deciden, los que ven, los que forzosamente han de prever y calcular. También es justísimamente cierto -sobre todo en comunidades con prejuicios históricos e incomprensibles desviaciones ancestrales- que esas minorías rectoras cuya actividad gravita sobre la vida del resto piensan en el mar, cuenta con él, se hacen cuestión de su esencia, llevados a impulsos, como motor principal, de la corriente de la circunstancia en que se desenvuelven, de forma que un enfrentamiento con el mar tiene menos de franca y espontánea mirada de convicción - que de obligada atención que queda en observar al sesgo y en apreciar de soslayo. Pero, sea como sea, por convicción o por necesidad, si bien no la masa ingente, hay quienes, al verse obligados a responder de un modo u otro de la vida de las comunidades, lanzan su vista al mar y lo atraen hacia sí, para que cuente como factor en la solución de sus problemas.

De todos modos, la ubicuidad del mar es un hecho comprobado. El mar está en la economía, y por ello, e indirectamente, si se quiere, en la industria, en el taller y hasta en la intimidad de la casa. El mar está en la política; con mayor gravitación en la interior de los pueblos marítimos, pero no totalmente ausente en la de las naciones inmersas en masas continentales. El mar está con máxima presencia en la política internacional, y aquí ya no caben distingos basados en las características geográficas de los pueblos, pues al salvar fronteras desaparecen también parámetros expresivos de peculiaridades del individuo. En la política internacional de hoy está el mar con el vigor con que siempre ha estado: con la eficacia que mostró antaño durante la época de los descubrimientos de Occidente; con la espectacularidad con que destacó al lanzarse Europa a la empresa colonial; con la influencia que dejó sentir en las conferencias y tratados que a principios de siglo intentaron sin éxito evitar las dos guerras históricas - que aún llevamos pegadas a nuestras espaldas.

No es raro, pues, que se alcance la conclusión de que el mar está en la paz y, en consecuencia, que está también en las guerras de hoy y ha de estarlo fatalmente en las de mañana, ya sea en la temida Guerra -con mayúscula-, ya sea en las que, a semejanza de las de estas horas, se repitan en los inmediatos años por venir.

Hay indicios, sin embargo, de que ese ubicuo atributo del mar, esa su peculiaridad de estar en todo, está precipitando, de forma distinta a como lo hacía anta-

ño, en la ingente reacción político-económica de nuestros días. En el pasado, las naciones han ido al mar por veredas desconectadas, que sólo esporádicamente en guerra se enlazaban entre sí; casi siempre mediante los precarios eslabones que apresuradamente se crean al conjunto de alianzas y tratados concluidos con premura. El mar era algo que se explotaba en solitario, al que se llegaba con miras puramente individuales. Hoy -fruto quizá de la evolución histórica de hombres, mentes y sistemas- no se puede decir que ocurra exactamente igual. Da la impresión de que el mundo, Occidente, Europa, ven al mar no ya como cosa privativa de ojos individuales, sino como ámbito al que, para dominarlo en todo aspecto con la efectividad que la vida de hoy exige, hay que ir de consuno, sin que en esa proyección quepa otra alternativa o sucedáneo. He dicho da la impresión porque la perspectiva no aparece en verdad lo suficientemente clara como para justificar rotundos afirmativos. Mas es patente la realidad de que en cuestiones trascendentes al mar referidas, tratan las naciones y los organismos internacionales de buscar solución mediante una acción conjunta más eficaz y coordinada que antaño. No sólo es tangible el hecho al mirar al ámbito del Derecho Marítimo Internacional, sino también al llegar la hora de pensar en relación, por ejemplo, con la investigación oceanográfica como base de innumerables ramificaciones científicas de inmediata aplicación a la industria e incluso -no tan veladamente como debiera ser- a la guerra. También se camina relativamente unidos por las sendas de la construcción naval mercante, con respecto a la cual, y aunque perdura la natural competencia internacional, se acuerdan con franca frecuencia y sustancial eficacia contratos que se traducen en intercambios de información, investigación combinada y progreso en común. Muchos otros aspectos de la actividad humana hacia la mar se nos presentan con matices análogos, pero no hay, por suerte o por desgracia, lugar para más extenso comentario.

- - - -

Volviendo la vista atrás se comprueba que han quedado flotando en el aire, ansiosas de permanecer influyentes en nuestro ánimo, dos realidades que me he atrevido a presentar ante ustedes como atributos del mar de hoy, a saber: la paradoja que en sí encierra y el poder de atracción centrípeta de esfuerzos y actividades humanas - que ejerce cada día con más patencia. Ambas realidades, tomadas como par conjunto, constituyen adecuada medida, oportuna piedra de toque para ser aplicada a cualquiera de los múltiples aspectos de la vida en los que el mar influye con decisión. Podríanse llevar a la economía, a la industria mundial, a la ciencia, a la investigación y al progreso, y obtendríamos suficientes impresiones del mar de hoy en cada uno de esos grandísimos ámbitos en los que el hombre se afana por imperativo natural en este mundo.

Mas es forzoso, dado el espacio temporal reducido en que nos movemos, reducir aspiraciones. Hay que elegir algo único entre un todo múltiple, y abocados a esa alternativa espero que se me perdone la exclusión de lo que profesionalmente no es tan mío y se me permita traer a colación un vocablo tan arisco e impopular, pero, al -

misimo tiempo, tan serio y necesario de atención como es el de guerra. Veamos, pues, cuál es el hoy de la mar en la guerra.

Al igual que antaño ocurría, porque por naturaleza no puede menos de acontecer, se da hoy una íntima relación y marcada influencia mutua entre la manera en que el hombre ve la guerra antes de que estalle -que no es sino la estrategia de tiempo de paz- y las fórmulas que de continuo se aplican para intentar dar solución a los constantes problemas que unen o separan a las sociedades, es decir, la política internacional. Si en los más altos estratos de su ingente edificio la estrategia toca tan íntimamente a la política, es quizá la estrategia naval, por razones cuya exposición nos llevaría muy lejos, la que en tiempo de paz juega con más agilidad en el amplio ajedrez de cancillerías y gabinetes. De ahí que el hecho de intentar escudriñar en lo que el mar es hoy, interesa no sólo al profesional o al estratega, sino también al diplomático, al político y al universitario, porque con mayor o menor dedicación, a la larga, gran número de hombres salidos de la universidad ni tienen más remedio que relacionarse con la gran política.

A la estrategia naval le ocurre hoy día lo que a la general: que está en crisis. Todo procede de una razón causal. Esta es el hecho indudable de que si de verdad llega la guerra, la guerra de la amplitud temida, habrá que hacerla como hasta ahora ja más se ha hecho; será preciso cortar nuevos patrones y probar métodos nuevos. En esta novidad -que aterra con su sola sugerencia- reside en realidad la esencia de la crisis. Estamos asistiendo, percatándonos o no, a un acontecer, aun en ciernes, que puede venir con el tiempo a probar o desacreditar aquella tesis de Ortega que él llamó -en contraposición a la tan traída y llevada que alcanzó su cénit a la vez que el escritor su madurez- "interpretación bélica de la Historia". Según ésta, "la vida en cada época sería no lo que fuesen los instrumentos de la producción, sino, al revés, los instrumentos de destrucción. Una modificación de las armas de combate acarrearía una distinta configuración de la sociedad. La forma político se modelaría en la forma de la guerra y el poder público aparecería siempre en las manos que tienen las armas" (3). Hasta aquí la opinión del pensador. Mas no es este sendero por el que ahora nos sea dado caminar. Dejémoslo y sigamos.

La crisis estratégica incide sobre la política internacional. Al fondo de la escena, a modo de oscuro telón, pende el fantasmón de la guerra, dantesca en sus resultados previsibles e incierta en su desarrollo. Los actores de responsabilidad -estadistas, estrategas, filósofos- sienten la extraña e inquietante presencia de la decoración y son capaces de actuar, apartando de ella los ojos. La política, por ello, empieza a sentir los fatales influjos de la posible guerra. Parte del estado de crisis por el que ésta pasa -se refleja en aquélla, y por ello se habla con incansable reiteración de políticas de contención y coexistencia y de estrategia de disuasión, que tanto de común tienen en su raíz primera. El presente del mar es, en virtud de ese constante reflejo de imágenes, claro -

(3) La interpretación bélica de la Historia; I; El espectador; VI; 1925.

eco de la política internacional de hoy.

Cuando el hombre da en pensar sobre la guerra en la mar —sobre lo que puede ser, sobre lo que es— o bien se dedica a cavilar sobre lo que el mar con su personalidad puede influir o influye en la guerra, se encuentra de lleno haciendo, teóricamente al menos, estrategia naval, disciplina —dicho sea de pasada—, naturalmente distinta por matiz de circunstancias de la estrategia terrestre y de la aérea. La estrategia siempre, pero con mayor razón aún la de tiempo de paz, es de modo claro eminente previsión. Constantemente juega con supuestos y posibilidades; cuando dispone de datos y realidades comprueba decepcionada que unos y otras no vienen a llenar más que una exigua parte el contenido que el planteamiento del problema encierra. El estratega, el estratega genial, es el que conjuga con acierto la decisión y la profecía.

En épocas críticas, la previsión cobra dificultades nuevas. Los cambios de orden diverso, que por efecto de la hora en que ocurren son de incierto desarrollo, amontonan sus sombras sobre el horizonte e impiden ver lo venidero con la claridad deseada. En esta situación veo yo el pensamiento estratégico de nuestros días; en esta situación —está la estrategia naval de hoy. Salvando comprensibles distancias y diferencias, y que dándonos tan sólo con conceptos y valores de principio, no andamos hoy viendo las cosas de la guerra, las cosas de la mar, con la claridad —relativa si se quiere, pero claridad al fin— con que las veían los europeos de 1914 y 1939. Sin embargo, la niebla que oscamotea la perspectiva no paraliza las mentes estratégicas. La estrategia naval, subordinada a la general y en su papel de decisivo colaborador de la política, sigue trazando planes y aplicándolos en su hora para hacerlos realidad. Pero... ¿qué es en verdad lo que está pasando? ¿Qué es, en suma, lo que podemos ver hoy en la mar?

Hoy en la mar, para empezar, hay un poderoso, o mejor dicho sigue habiendo un gran poderoso. Todos ustedes, sin duda, estarán jugando en este momento en su mente con la imagen de un colosal portaviones, símbolo de las flotas que proliferan en la prensa y en los reportajes cinematográficos bajo los colores de la democracia y la geometría en ellos de las barras y las estrellas. Es verdad que el poder naval estadounidense es en todo sobresaliente, pero al decir yo "sigue habiendo", al incluir en la frase ese signo de continuidad al que pretendo imbuir temporalidad de siglos, no me refería puramente a lo nacional, sino que pensaba, ante todo, en lo conceptual. Los Estados Unidos son hoy el gran poder naval, nadie lo duda. Mas lo que conviene dejar con fuerza subrayado es que quien sigue en la mar como entidad de gran poder es hoy Occidente, como fuere antaño Europa en algo más reducida figura histórica. Pensando en civilizaciones, como se debe hacer en elevados niveles, es más exacto hablar así, y decir que lo primero que salta a la vista al mirar al mar de hoy es que Occidente sigue estando en él y que sigue ostentando poder claro y definido.

Pero claro es que no está solo; que ya no está solo. Una de las realidades estratégicas que han de pasar a la historia, proyectada desde los días que estamos viviendo es la salida al mar de Rusia. El camino recorrido por esta potencia eminentemente te

rrestre en la componente militar marítima desde 1945 es ingente, sin lugar a dudas. Rusia hoy día está con propiedad en el mar; al menos, porque es lo que a la vista salta, materialmente lo está. Su marina mercante ocupa el quinto lugar entre las principales del mundo (4) y el poder naval que representa la marina de guerra, que ha nacido en primordial esencia como efecto de aquélla, sólo cede en el papel ante el de los Estados Unidos. Es ya cosa sabida de todos -del estratega, del político, hasta del hombre de la calle- la potencia del arma submarina soviética. Los anuales profesionales la presentan como el elemento fundamental mediante el cual ha de intentar Rusia llegar al talón de Aquiles occidental. En lo material, pues, todo indica que en el mar de hoy, en cuanto atañe a lo estratégico y a lo comercial -porque un aspecto y otro no son sino trasunto de lo que en el mar son la guerra y la paz- todo indica, repito, que en el mar de hoy se aprestan a la lucha dos fuerzas poderosas.

La lucha en el mar, empero, la vida en el mar, si se prefiere, la real inteligencia -mejor- del mar por el hombre, sea para lo que sea y como sea, ora para vivir en él, ora para luchar por él, sobre él, para estar en él, en una elocuentísima palabra de nuestro idioma, exige requisitos de orden distinto al material que escapan a la atención somera y son, por ello, al resultar desatendidos, motivo de incompreensiones e inexplicables acaeceres y realidades. Uno de sus requisitos, probablemente el primordial, es el bagaje de valores intangibles, inconmensurables, espirituales en verdad, con el que se entra en liza. Caben aquí las numerosas componentes de una amplia gama que incluye conceptos tales como disciplina, ideales, tradiciones, escuelas, etc., pero también hay por fuerza que contar con un parámetro capital: lo que, con el vocablo más sencillo que darse puede, se entiende por experiencia. Sólo aquí quiero subrayar ondas diferentes.

Que Occidente lleva siglos en la mar creo que puede adoptarse como axioma. Histórica y eficazmente, Europa se hizo a la mar en la segunda mitad del siglo XV, cuando, a tirones de España y Portugal, se lanzó a la expansión marítima con la que abrazó al mundo. La familiaridad, pues, de Occidente con la mar -demostrada, fecunda y cierta- ha cumplido ya cuatro siglos. Rusia frente a Occidente no puede, en cambio, presentar credenciales análogas, porque, hablando en la relatividad que el caso exige, carece en la mar de experiencia secularmente cimentada, entendiéndolo por experiencia, al modo de pensar filosófico algo adquirido -en este caso en el mar, por el

(4) Desde 1958 la Unión Soviética ha saltado desde el vigésimo primer puesto al quinto lugar entre las naciones marítimas del mundo. Según se dice, sus planes actuales apuntan a disponer de 14 millones de toneladas en 1970, de 18 en 1975 y entre 22 y 30 millones allá por 1980. De cumplirse estas previsiones, la URSS dispondrá para entonces de una flota mercante muy superior a la inglesa -que es la primera hoy y que se viene manteniendo constante durante varios años- y a la de los Estados Unidos -que hoy es la segunda del mundo y va disminuyendo-. (Información obtenida del Jane's Fighting Ships 1967-68).

mar, mediante el mar- en el transcurso real y efectivo de la vida. No es esta experiencia un simple conjunto de pensamientos que el intelecto forja, con verdad o sin ella, sino el haber que el espíritu cobra en su comercio efectivo con las cosas (5).

La vida histórica de Rusia presenta escasos contactos con el mar. Sus danzas marineras han sido circunstanciales, esporádicas e incluso -se diría- forzadas. La historia rusa se interpreta con mayor claridad y más ágil soltura centrándola en sus inmensidades continentales y no imaginándola sobre las olas, como fácilmente se puede pensar de Occidente. La maniobra de Rusia -nos la describe asombrosamente Castex- ha sido un lentísimo, periódico y casi sincrónico pendular político-estratégico entre el Este -Manchuria, China, Japón- y el Oeste -la frontera Europa con aparentes ansias de occidentalización. Cierto es que Rusia ha apetecido siempre la ya clásica salida al mar como solución a muchos de sus problemas políticos e históricos, pero no ha habido en esa actitud verdadero deseo de salir a la mar -si me entienden ustedes la diferencia de matiz que intento embuir con la distinción de género en el artículo-, sino ansia, o fatalidad si se quiere, de resolver ese imperativo geopolítico que parece asfixiar a quien carece de agua salada en sus fronteras.

El mar de hoy nos presenta la figura de Rusia buscando, como siempre, su salida al mar, pero esta vez con apariencias indudables de estar decidida para ello a salir a la mar, a estar en ella. Vean, si no, lo que está pasando estos días en el histórico y viejo Mediterráneo: flotas rusas que visitan, en prolongados calendarios, puertos del Oriente próximo; buques de guerra que -aislados o en colectividad- asisten de espectador a los movimientos y maniobras de otras flotas de Occidente, tradicionalmente el único inquilino del Mare Nostrum desde Lepanto; destructores soviéticos que -siempre dentro del derecho internacional- fondean frente a algunos de nuestros propios puertos o llevan a cabo operaciones logísticas en las inmediaciones de accidentes geográficos españoles de característico valor y significación estratégicos. Echemos una mirada al Atlántico y al poco tiempo estaremos ya familiarizados con submarinos en tránsito o en misiones de inteligencia estratégica; en buques de guerra de superficie que se adiestran en mares libres; con aparentes pesqueros, que constituyen una de las más activas redes de información naval en tiempo de paz que ha habido hasta ahora. En el Pacífico -es de suponer- ocurrirá algo semejante. La realidad se palpa; el hecho es cierto. La verdad es que eso no había ocurrido hasta ahora en la historia.

Pero esta realidad y este hecho encierran una incógnita, que radica en la incontrovertible verdad de que en cuestiones bélicas media entre teoría y praxis abismo de latitud superior al que rige en otros ámbitos, y emerge al propio tiempo del axioma de que, para ser algo con propiedad en la mar, se requiere, sobre todo hoy en día, al culminar la complejidad del problema, largo tiempo de depuración y enseñanzas, y también consecuciones positivas avaladas por el pragmatismo de lo realmente convincente. En la mar, en la guerra que en la mar se hace o se haga no bastan teorías estratégicas ni

(5) X. Zubiri: Naturaleza, Historia, Dios. Madrid, 1963, pág. 154.

la ventaja, aparentemente decisiva, de hallarse en disposición de técnicas de última hora. Ambos presupuestos son, sin duda, necesarios y condicionales, pero no suficientes y decisivos. Rusia, en la mar, como el mundo hace, ha adoptado, imitándola, la técnica europea. Conviene, empero, no perder de vista el sofisma que todo mimetismo incluye. Es relativamente fácil reproducir la técnica naval de Occidente; no lo es tanto, por el contrario, asimilar con eficacia y en poco tiempo el modo de estar en la mar -con la riqueza que el verbo encierra- de toda una civilización que lleva siglos navegando. No acaece ahora lo que ocurrió, según referencias de historiadores, en las guerras púnicas. No basta la construcción de naves según el patrón enemigo para imponerse a éste en las aguas e invertir con ello el signo del dominio del mar, sino que además hay que saber de mar, es preciso vivir en la mar, hay que haber sufrido mucho en la mar, es forzoso -incluso- haber probado en la mar el amargo sabor de la derrota. Occidente, las naciones que lo integran, saben de todo esto: Rusia... todavía no. ¿Llegará algún día a demostrar, sin ambages, que en verdad sabe?. He ahí la incógnita que sólo el tiempo puede despejar.

La más compacta figura sintética que puede producirse para entender en lo estratégico el mar de hoy es ésta: de un lado, Occidente está en la mar como hace siglos; sabe estar en la mar; necesita estar en ella, y lo necesita por imperativo de existencia, porque Occidente, en estrategia, vive del mar. Del otro lado queda Rusia, o más ampliamente hablando, todo lo que a Occidente se oponga ideológica, económica o militarmente. Este continental oponente está saliendo a la mar y aparenta estar decidido con firmeza a llegar a estar con propiedad en ella; no goza de lo que se ha decidido como experiencia de mar, y es de comprender que a su vez se dé cuenta perfecta de la necesidad que tiene de demostrar prácticamente que la ha adquirido; necesita estar en la mar, pero no tanto por propias exigencias vitales, ni por deseos de facilitarse a sí mismo una fortuitamente forzada supervivencia, sino como categórico imperativo estratégico, que le impone la condición de disputar el dominio del mar a un adversario para quien este dominio es vital, o al menos de perturbarlo, dislocarlo, reducirlo o anularlo, consciente de que si consigue su propósito ha de trocarse su logro en resonante victoria.

¿Qué se ve en la mar de hoy si se aplican a la inspección los prismas de la táctica?. Dejando a un lado la componente tecnológica pura de esta disciplina, nada nuevo en realidad, ya que lo que se observa viene a ser lo visto siempre: la materialización de un deseo de combatir en mejores condiciones que el enemigo. Si se enfoca la vista, en cambio, sobre aquella decisiva componente; si se apresta la mente a ver de qué forma se aplica de un lado y otro la tecnología actual a resolver los problemas que la táctica naval presenta, lo que se ve es una carrera desenfrenada en la que los competidores -los mismos, naturalmente, que pugnan en el ámbito estratégico- se afanan por conseguir significativas delanteras, aunque para ello se vean obligados a hollar sus propias adquisiciones de ayer, costosas y complejas, y dejarlas en la cuneta como algo anacrónico ya poco después de haber visto la luz, que no sirve apenas ni como consejero de experiencia.

Las tendencias primordiales de ambas tácticas encontradas siguen por lógica el sentido que marcan los correspondientes parámetros estratégicos. Occidente, para pervivir en la mar, sobre su superficie ante todo, ha de vencer en la pugna de ingenios a quienes -para reducir y aniquilar ese estar en la superficie que aprovecha ésta como el camino más útil aún para el traslado- se valen fundamentalmente de los peligros que radican en el aire y en las profundidades. Las amenazas más graves para Occidente en la mar son hoy la submarina y la aérea. De ahí, sencillamente, que Rusia lleve lustros ya intentando perfeccionar y reforzar su arma en inmersión y su brazo aéreo previsto para golpear en la mar, y que los Estados Unidos, Europa, Occidente, estructuren sus sistemas tácticos sobre los andamiajes de las luchas antisubmarina y antiaérea.

En este enfrentamiento, que en sí no presenta nada esencialmente nuevo, se aprecia la eterna figura táctica que jamás ha faltado en la historia de la guerra: la del proyectil y la coraza. Un arma provoca instantáneamente la génesis de la contrarma lógica para neutralizarla y ambas corren parejas casi siempre con menguado desequilibrio. A la medida o sistema concebido para dañar o para crear superioridad momentánea -ya sea en forma de detección anticipada, de información, de sorpresa...- se opone pronto la contramedida, la acción que desbarata o engaña. Hoy, en la mar, como en la guerra general, sigue teniendo vigor sin mengua el gráfico aforismo castellano de a pillo, pillo y medio.

Por todo ello, la táctica naval muestra franca tendencia a reducir tiempos y a ampliar espacios. Complejos -y costosísimos por natural desgracia- sistemas de detección, de alarma, de reacción...; procedimientos de decisión que cada vez recurren por fuerza con mayor asiduidad a la automatización y a la tecnología aplicada al cálculo -instantáneo...; formaciones anárquicas que huyen de la geometría para dificultar el ataque adversario...; distancias colosales que vienen impuestas, pese a las desventajas inherentes a ello, por la necesidad de reaccionar pasivamente ante los enormes efectos de las armas modernas... En suma: una táctica en constante evolución, que aunque no se presente con novedades esenciales, está dotada de un ritmo de alteración jamás visto hasta ahora en el transcurrir del tiempo histórico.

- - - - -

Y, a todo esto, ¿qué es de España?. ¿Qué relación existe -si es que alguna hay- entre lo nuestro y el presente del mar?. ¡Tema inmenso para encararse con él y piélagos profundos que invita -casi, diría yo, obliga- al inquisitivo buceo!. No cabe más, por suerte o por desgracia, que el toque ligero y la rápida pasada. Intentémoslo.

Puede ser que -incluso para el gran público, más inclinado siempre a criticar efectos que a analizar causas- resulte tópico gastado el panegilizar sobre la singular importancia estratégica de España. Se ha abusado tanto de esa verdad que -a lo que parece- ni nosotros mismos creemos ya en ella. Sin embargo, si de verdad deseamos de -

jar constancia de nuestra presencia de fronteras afuera, hemos de empezar por valuar o revaluar -mejor- nuestra propia idea del precio estratégico de España, pues de no hacer lo nos arriesgamos al ruinoso trueque de dar oro y brincar gozosos a la vista de los abalorios. En el exterior nos desean única y exclusivamente por lo que valemos, no por las protestas que hagamos sobre aquello para lo que digamos servir nosotros mismos. Y en estrategia -y esto conviene dejarlo subrayado- valemos bastante más de lo que declaran -los que nos valoran. Sobre todo en cuestiones de mar; precisamente en el mar del presente.

Proyectando el pensar contra el telón de fondo en que han quedado esbozados los grandes rasgos del presente estratégico del mar -de un presente que históricamente abarca en realidad varios lustros- se hace inteligible con facilidad el presente estratégico en la mar de España. Por exigencias estratégicas del sistema militar de Occidente, España es solicitada en su día -hace de esto unos quince años- a participar en éste en un plano bilateral. Lo que en verdad se le ofrece es un papel oscuro y, en cierto modo, preterido. España empieza a interesar por su situación y por condiciones de lógica estratégica. Más tarde, cuando se produce la decisiva modificación de la estrategia general de Occidente -de los Estados Unidos, sobre todo- que hace entrar en juego la figura conceptual de la disuasión y la realidad material de los elementos bélicos que la representan; cuando con toda propiedad empieza a ser lo que hoy es el mar en estrategia, se afianza más aún la importancia de la situación de las tierras de España y cobra nuevo sentido el significado de nuestras bases. En éstas -en una concretamente, y todo el mundo lo sabe- se apoya la parte más sustancial de la flota submarina norteamericana de disuasión. De ahí, por desgracia, un grave riesgo para lo nuestro, que del mismo modo todo el mundo conoce, pero que no todo el mundo parece comprender en idéntico tono y en igual grado. Del valor estratégico nace un riesgo; del riesgo, por génesis semejante, debe nacer un valor de otro orden.

No es poco el valor de España en el presente estratégico del mar. Mas, por tanto, debiera ser nuestra convicción de que, dejando a un lado nuestro proverbial quijotismo altruista, debiéramos ser correspondidos en moneda equivalente. ¿No hay -para concluir el comentario- gran dosis de desconcertante paradoja en todo esto?

Pasemos a observar el estrado de la táctica. ¿Dónde nos vemos a nosotros mismos?. Si hemos de ser sinceros, y abandonamos perjudiciales miopías, habremos de declarar que estamos en aquél arrinconados, relegados a engrosar el montón de mudos comparsas. Y ello es así porque si en estrategia cabe esperar por concesión graciosa el auxilio de lo natural, de lo providencial, de lo circunstancial, de lo relativo, en táctica, que dejando a un lado casuísticos distingos no entiende más que de lo material, de lo efectivo, de lo independiente, de lo absoluto, no es dado, por el contrario, más que el limitado juego de apostar con lo que se tiene en las manos. En táctica naval, lo que se tiene entre manos, lo que verdaderamente vale de lo que se dispone, es aquello con lo que el interesado se dota a sí mismo. Ser algo en táctica implica fuerza, y la fuerza, lo que se dice fuerza, no se da ni se ha dado nunca de uno a otro en el mundo en que vi

vimos. Cuando alguien se ve obligado a concederla por exigencias políticas o de alianzas, todo lo más, la escatima.

Por ello, España, en lo que a táctica en la mar se refiere, en cuanto a factor táctico en la mar de hoy, será siempre muy poco mientras mediante un acto potente de voluntad sinceramente popular, no se decida a ser algo. Claro es que ese acto voluntario arrastra esfuerzos económicos y problemas financieros. Ciertamente es que lo invertido no rinde interés al día siguiente, sino precisamente en el peculiar instante en que, de no haberlo hecho, ya no ha lugar por demasiado tarde, y hay que pagar, en vez de extender la mano al cobro. Muy patente es también el hecho incontrovertible de que hoy día miramos con tal despreocupación hacia el montículo alejado de nuestro horizonte nacional, que para darnos cuenta de que es el lobo el que se acerca no nos basta con verle las orejas, sino que exigimos, con pueril inconsciencia, arrancarle de un tirón los del rabo.

Somos en táctica peón de escaso vuelo. Pero... dejemos el tema en sugiriente esbozo, y, amparándonos en la urgencia del tiempo, arribemos por consciente mente depresor un método que no nos lleva más que a sombríos panoramas y a callejones de incómoda salida. Y puesto que nos comprometimos a hablar de lo por venir, hagamos caso al título de esta charla e intentemos, para terminar en breve, navegar singladuras de futuro.

La justa apreciación del presente es el primordial y fundamental apoyo de toda conjetura que sobre el porvenir se haga. Lo por venir, sin duda, es incierto, y por naturaleza elude cuantos intentos pone en práctica el hombre para alcanzarlo mediante el juego de los sistemas lógicos que ha inventado. Sin embargo, tal evasión no es total. En función del objeto sobre el que el hombre va a hacer recaer su deseo de anticiparse al tiempo, de adelantarlo en su carrera, es posible, en cierto modo, un ligero esbozo de algo que en algunos aspectos roce la profecía. Si tal objeto es como en nuestro caso es el mar- elemento que por su esencia no se deja influir de modo decisivo por el parámetro temporal, por esa necesaria convención de que el hombre ha tenido que echar mano para hacer inteligibles sus propios sistemas conceptuales, entonces la proyección hacia el futuro -aunque muy difícil todavía- queda más justificada, no es vana empresa por completo y hasta puede aportar resultados aceptables.

En cierto modo tenemos suerte, porque el mar es eterno. Es eterno, claro está, en la dimensión humana. Vive y vivirá mientras en este mundo haya hombres. Ha influido e influye esta existencia. Lo admirable, lo digno de subrayar, es que ese influir ha ido viendo aumentar su propio grado de valor a medida que la vida del hombre sobre el planeta, la vida en todas sus proyecciones radiales se ha ido, por así decir, definiendo, perfeccionando, complicando. En lo por venir, el mar seguirá adhiriéndose -

cada vez con más fuerza al vivir humano. Ello vendrá a confirmar, con la hondura con que hasta ahora lo ha demostrado la historia, la eternidad del mar.

Lo dicho no pretende ser pura retórica. Obedece a una positiva realidad que en otros ámbitos se admite como axioma. Tal realidad es la confianza ciega del hombre de hoy en la omnipotencia de su tecnología. Decíamos antes que el hombre de nuestros días se deslumbra con lo espectacular que sugiere espacio, satélites, cosmos y aparenta no tener ya -absortas sus posibilidades en lo físicamente alto- ni tiempo ni interés por mirar a lo profundo, a lo antiquísimo, a lo que -de puro familiar, quizá- se cree ya agotado o, todo lo más, servible para muy poco. Y, sin embargo, el futuro ha de traer nos el gran descubrimiento que el hombre va a hacer del mar. La ciencia de mañana, la que está empezándose a aplicar hoy, ha empezado ya a demostrar que las posibilidades -latentes en el mar son inagotables.

De ahí que ya se sientan con claridad síntomas absolutos de preocupación del hombre -de los estados, más concretamente- por la mar del futuro. Son varias las naciones europeas y extracuropeas que, de cara al porvenir, fijan ya como una de las misiones permanentes de sus marinas respectivas -en convencida unión con organismos científicos especializados- la de hacer patente su presencia en los mares y en sus profundidades para ser tenidas en cuenta en el reparto o distribución que se concierte respecto a las riquezas que contienen, naciones, por otra parte, que no olvidan el estímulo a la investigación oceanográfica y marítima en general, seguras de que todo esfuerzo y gasto que hacia esa línea se apliquen retribuirán con exceso a quienes los realicen. Nuestro país, si de verdad está animado de ideas europeas y empeñado en alcanzar metas de este orden, no debiera olvidar que precisamente uno de los mayores objetivos europeos se refiere a la explotación de los océanos como fuente de energía y riqueza considerada hoy fabulosa e inconsumible. El futuro del mar, en su componente científica, es un rotundo despliegue de esperanza e ilusión. ¿Quedaremos aislados también de la magna empresa de ir al mar de consuno? ¿Desoiremos esa atractiva voz del mar, foco centrípeto de esfuerzos y actividades humanas de un hoy que está empezando a ser mañana?. No podrá pasar gran tiempo sin que a nuestros ojos aparezca la respuesta.

Decir que en estrategia, en estrategia puramente hablando, el mar del futuro no va a ser esencialmente distinto del que hoy se nos aparece, no debe ser interpretado como animosidad hacia el progreso o como deseos de aferrarse obstinadamente a un estéril inmovilismo. La estrategia en la mar seguirá siendo, en sustancia, la misma que es hoy, y hasta, si me apuran ustedes mucho, lo mismo que fue en el siglo dieciocho. En su forma, indudablemente, tendrá que aceptar lógicas novedades, de las cuales algunas anuncian con claridad que ya están acercándose a las puertas. Véase, a guisa de parangón, el intento occidental, no logrado aún por completo, de formar -por sus indudables ventajas de orden económico sobre todo y quizá indirectamente estratégico- una fuerza naval multilateral dentro del marco de la Alianza Atlántica. Dificultades primordialmente políticas obstaculizan aún la marcha en ese sentido, pero ¿no hay indicios sugestivos en ese intento de ser cierto el poder centrípeto de atracción que el mar ejerce hoy y ejercerá mañana para aglutinar esfuerzos e integrar actitudes?.

En lo físico vivimos, quizá sin prestar la atención que el trance pide, - una hora semejante a la acaecida en el siglo diecinueve con motivo del advenimiento del vapor como vehículo intermediario de energía. Hoy, pese a lo que se oye, quizá no sea tan trascendente en todos los órdenes la irrupción de la energía nuclear en su papel de agente alterador de la vida de los pueblos y de los sistemas y estructuras sociales como lo fue la del vapor y la industrialización consecuente en la Europa de hace casi dos siglos, pero es indudable que en todos los órdenes ha de traer el porvenir mutaciones notables. En la esfera concreta de la navegación, la propulsión nuclear tiende a ser la privativa en unas cuantas décadas, y ello ha de alterar en su faz muchos de los aspectos de la estrategia y de la guerra en la mar. En esto se piensa ya seriamente por doquier y en esta posibilidad, aunque para nosotros quede por ineludible realidad más alejada que para otros, pensamos nosotros también. La ciencia, la técnica, el progreso, si bien nacidos del cerebro y de la mano del hombre, se vuelven contra él una vez que adquieren su mayoría de edad, y tomándole la vuelta le impulsan aceleradamente por el camino autotrazado, de forma que poco, muy poco optimismo se puede sentir hacia quien por desidia, por pusilánimes pretextos de cortedad económica o sencillamente por ansias de holganza, eluda tan benéfico empujón.

En ese futuro de navegación nuclear, de buques de desplazamientos colosales, de sistemas revolucionarios de propulsión, de imaginación disparada y de ficción científica, si se quiere -para emplear un término en boga en estos días-, seguirá siendo el mar el elemento donde mejor se refleje la importancia estratégica de una situación geográfica. El mundo se contrae -dice- y, al reducirse distancias y acelerarse el reloj con los adelantos técnicos, quedan desposeídos de sentido muchos de los conceptos que manejan los estrategas en la resolución de sus problemas. Si bien hay algo de verdad en ello, no debiéramos dejarnos arrastrar de la tentación de adoptar como absoluto un hecho o una circunstancia que, para resistir cualquier crítica, debe empezar por permitir la relativización. Porque, en el aspecto sobre el que acabamos de poner el dedo, hay verdades contundentes en las que -espero que la gran mayoría convenga conmigo- sí cabe más de absoluto que de relativo. Si en el futuro llega la temida guerra, la que habrá de ser grandísima guerra, si pensamos en parámetros de 1914, el mar jugará muy importante papel en ella siempre que la conflagración -que en ese caso exigiría el calificativo nada eufemístico de dantesca- no se resuelva en días o en horas. Si el mar, en consecuencia, pesa en la guerra, habrá guerra en el mar y será forzoso hacer o aplicar estrategias marítima y naval. En cuanto el hombre se ve obligado hoy o mañana a hacerse cuestión de la estrategia naval no podrá prescindir de la geografía, por reducida que se haya quedado, por mucho que se hayan contraído los continentes y por escasas que se vean entonces las distancias. La situación seguirá valiendo. No pensemos que el futuro del mar, en cuanto a estrategia y en cuanto a guerra, va a venir a introducir de súbito realidades insospechadas motivadoras de efectos totalmente imprevistos, porque si lo creemos, debiéramos lógicamente de propugnar el inmovilismo ante la impotencia -de lo acumulado y la inutilidad de lo invertido; y tanto el inmovilismo como la inutilidad son conceptos divorciados de la esencia humana, que extrañan a su razón, que contradicen su vida. No caben como actitudes frente a nada que influya en el hombre; mu

cho menos cabrán frente al mar, que, como antes dejamos subrayado con deseos de fijarlo bien en nuestra mente de occidentales, en nuestro pensar como españoles, es, con toda certeza, eterno.

Y aquí llega el, tan deseado para ustedes, punto final. Si mi pobre intervención y la amable atención que me han prestado pueden, unidas, contribuir a una mejor comprensión de lo que el mar es y, sobre todo, de lo que hoy y mañana representa y ha de representar para España, algo habremos mejorado ustedes y yo, pero, de seguro, de algo podrá beneficiarse también España.

- - - - -